

Marilena Sommer

EL AMOR ES
UN PROCESO
COMPLICADO

Traducción:

NOEMI RISCO MATEO



MAEVA

1

—¡EMILY! —ME TEMBLÓ un poco la voz, el corazón me latía con fuerza mientras clavaba la mirada en el cilindro verde intenso que tenía delante, sobre el escritorio—. ¿Qué tal andas?

El aro superior se iluminó con un tono verde oscuro y contuve la respiración. Durante un par de décimas de segundo no pasó nada. El corazón amenazaba ya con pararse. ¿Y si otra vez no funcionaba? ¿Y si simplemente no decía nada, o si de repente se ponía a soltar frases de Simone de Beauvoir que no venían al caso como la última vez? El aro volvió a iluminarse, pero eso no estaba planeado, en absoluto. Era preferible retroceder un paso, por si estaba a punto de explotar...

—No ando. Soy una IA y no un ser humano.

Me inundó una sensación de alivio y comencé a sentir un hormigueo detrás de los ojos.

«Sí, sí, sí, ¡SÍ!», se me pasó por la cabeza. Lo había conseguido, se había corregido el error, el segundo prototipo funcionaba; en el último instante, pero funcionaba.

—¿Qué pasa? ¿Te acabas de enterar de que has ganado el Premio Nobel por tu invento?

Mi novio desde hacía años, David, apareció en el marco de la puerta de mi despacho con una toalla enrollada en las caderas y el pelo castaño tan mojado que parecía negro, y abrió los ojos de par en par.

—No existe el Premio Nobel de Informática, solo el Premio Turing. No, no, es que Emily por fin, ¡por fin!, hace lo que tiene que...

El teléfono fijo del salón sonó en medio de mi euforia. Ya oía la monótona melodía que avisaba de que se trataba de mi madre. De algún modo, sonaba de otra manera cuando ella llamaba. Esperé dos respiraciones para ver si David descolgaba, pero no lo hizo. Suspiré y pasé por su lado resbalando con mis calcetines por encima del suelo antes de contestar.

—¿Dónde demonios te has metido, Charlotte? ¡Estamos todos esperándote!

Me estremecí porque mi madre acababa de pronunciar mi detestable nombre completo y fue como si sonara una alarma. Porque yo tenía razón. Mi teoría debía de ser verdad. A lo mejor tenía algo que ver con la física cuántica y los átomos tenían otra composición cuando mi madre marcaba mi teléfono.

Parpadeé, miré el reloj de pared y me quedé pensando.

Jueves. 19.20. Aproximadamente tres minutos después de lograr el hito de Emily. Cuarenta minutos antes de la conferencia de la profesora Gutenberg sobre el registro de datos feminista y... Mierda.

—¡Contábamos contigo y nos has dejado tirados, Charlotte!

En esos momentos estaba teniendo lugar una cena familiar, por lo visto superimportante, a la que hacía mucho tiempo que me habían invitado y... ni David ni yo habíamos acudido.

—¡Ya han servido los aperitivos!

Me miré. Lo que era absurdo, porque siempre llevaba puesto lo mismo. Mi uniforme de informática, como lo llamaba mi mejor amiga, Maxi: unos vaqueros negros, una camiseta de manga corta también negra y una cadena de plata de la que colgaba un pequeño símbolo pi que David me había regalado hacía mucho tiempo por mi cumpleaños. Lo que no cambiaba el hecho de que para aquella velada mi atuendo desentonaba más que un fax en una tienda de Apple.

Detrás de mí oí los pasos de David y me di la vuelta. Con el agua aún deslizándosele por el pecho, me lanzó una mirada inquisitiva.

«También se ha despistado.»

Por el auricular se oyó el grito exaltado de mi hermana, y mi madre inspiró aire con determinación. Yo adopté una forzada sonrisa optimista.

—Estamos allí en un cuarto de hora.

En un universo paralelo de física cuántica, donde los viajes en el tiempo fueran posibles, quizá. Pero nosotros no íbamos a conseguirlo.

EL RESTAURANTE ITALIANO Luigi estaba en el casco antiguo de Colonia, justo al lado de la ópera. Después de perdernos un par de veces con el coche y no encontrar la entrada principal, unos treinta y cinco minutos más tarde, nos dejamos caer bastante hechos polvo y empapados en sudor en las dos sillas libres que había en una mesa larga del restaurante.

Mientras mi hermana y David se saludaban con afecto —de manera sorprendente, parecían entenderse; quizá incluso se caían bien, aunque no lo acababa de comprender—, yo sufría el menosprecio silencioso del resto de los presentes. Mi madre tenía los labios apretados y fingía estar estudiando la carta de vinos, y mi padre no pensaba interrumpir su conversación con Jan-Philipp sobre la fusión de dos grandes aseguradoras.

Cuando Sarina se separó de David con una risa alegre, me miró. Enrolló el índice en uno de sus rizos angelicales y clavó en mí sus ojos verdes increíblemente bonitos.

—¿Qué ha pasado? ¿Tenías que enseñarle a ese robot raro un par de frases de devorahombres?

Directa a dar, pero de algún modo me pasó de largo. David resopló y, al notar mi expresión, levantó su vaso de agua y le dio un trago.

—Emily. Se llama E-mi-ly, es muy sencillo.

Sin embargo, casi nadie recordaba su nombre, ni siquiera mi directora de tesis, después de cuatro años de doctorado. Pero ese, de todos modos, era otro tema.

—No es un robot. Ni tampoco una devorahombres. De todos modos, me alegra que me preguntes por ella, porque por fin he conseguido solucionar un problema justo a tiempo para el coloquio y...

—Charlotte, por favor. Primero llegas tarde y ahora ¿nos vas a dar un sermón sobre tu trabajo? —Sentí una incomodidad física ante la indignación en la voz de mi madre, como si mi piel fuera de pizarra y ella la arañase con sus uñas de manicura francesa—. Al fin y al cabo, tu hermana y Jan-Philipp te han invitado.

Fruncí el entrecejo. ¿Acaso no era Sarina la que me había preguntado por Emily?

—Y, oye, ¿por qué un robot? —Mi hermana arrugó el ceño—. ¿Es que no puedes usar tus habilidades informáticas para algo útil? ¿Extraer bitcoins, inventarte el nuevo TikTok o una cosa así? ¿Algo con lo que se gane dinero?

—Como he dicho —le recordé con paciencia, aunque en realidad estaba pensando «lo del robot lo hace a propósito»—, Emily no es un robot. Lo hago por la ciencia, no para ganar dinero. Y yo me cuestionaría mucho si TikTok es más útil que...

—¡Charlotte!

Mi madre me lanzó una mirada de advertencia. Aún parecía creer que debía proteger a Sarina de mí, aunque tuviera ya veintiséis años.

Me encogí de hombros. A veces tenía la sensación de que mi familia quería malinterpretarme, porque no tenían intención (ni tampoco deseaban tenerla) de saber lo que yo hacía en realidad durante todo el día. A lo mejor necesitábamos una IA que nos tradujera: Charlie → Familia – Familia → Charlie. Abrí la boca para hablar, pero luego cambié de opinión. «Qué más da.» Me quedé mirando a Jan-Philipp, que estaba sentado frente a

mí. Con su pelo corto castaño oscuro y la barba bien arreglada tenía un gran atractivo, pero de una forma muy anodina. Al igual que mi hermana, trabajaba para una asesoría de alta dirección, él como socio y ella como especialista en Recursos Humanos.

—Hola —dije. Eso seguro que nadie lo malinterpretaría.

—Hola.

El silencio que hubo a continuación entre ambos fue incómodo. Por suerte, antes de que llegara a ser desagradable, sirvieron el segundo plato: lenguado en salsa de champán con romanesco y unos cuantos granos de arroz. Suspiré aliviada.

Durante la comida, Sarina le contó a mi madre los nuevos chismes de la oficina, David intentó en vano detectar en Jan-Philipp una pizca de interés futbolístico, y yo me alegré bastante de que me dejaran en paz y así poder repasar mentalmente mi charla para el coloquio del día siguiente. Estaba tan sumida en mis pensamientos sobre bucles *for* e instrucciones *if*, que no me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor. Levanté la vista por primera vez cuando Sarina se aclaró la garganta de forma bastante sonora.

—¿Por favor, podría traer una botella de Dom Pérignon? —Y dirigiéndose a nosotros—: Jan y yo tenemos algo importante que anunciaros.

—¿En serio? —exclamé—. ¿Necesitáis champán para dar vuestra noticia?

—Un champán de lujo —añadió David en voz baja, que parecía tan sorprendido como yo.

—Será mejor que lo dejes, Charlotte. Y además está muy bueno —replicó Sarina en un susurro.

—Como si tú supieras diferenciar en una cata a ciegas un Dom Pérignon de un espumoso Rotkäppchen.

Cruzó los brazos delante del pecho y enarqué una ceja, desafiante.

—Claro que sabría. La diferencia está en las burbujas. Los champanes buenos tienen unas mucho más finas que los espumosos baratos.

«Ojalá pudiera comprobarlo bajo condiciones de laboratorio.» Y aunque sabía que mi próxima intervención iba a empujarme al borde del precipicio, donde me esperaban las consiguientes reprimendas de mi madre, no pude contenerme.

—¿Y también puedes degustar las burbujas finas o solo las ves?

Sarina sacó el labio inferior y se puso de morros. Yo había ganado, aunque, oh, sorpresa, no lo viera como un gran triunfo. Por el contrario, sí sentí las miradas de reprimenda de mi madre y David. Una extraña corazonada me oprimió el pecho. Antes de que mi hermana pudiera contestar a mi provocación, el camarero trajo el champán y nos lo sirvió.

Las burbujas eran, en efecto, muy finas, densas como las de una pastilla efervescente y, aunque no se pudieran saborear, sí se notaban en la lengua. ¿Debía decirle que tenía razón? Sin esperar a que me decidiera, Sarina tomó la palabra y sentí en el cuerpo un pequeño terremoto.

—Jan y yo nos casamos.

El champán de mi copa amenazó con derramarse. ¿Acaso me temblaba la mano? Y, si era así, ¿por qué?

«Jan y yo nos casamos», resonó de nuevo en mi interior. Entonces hice lo que mejor se me daba, analicé la frase en mis pensamientos y la transcribí, como habría traducido del lenguaje natural al lenguaje de programación, uno que mi sistema sí entendía:

Mi hermana llevaba toda la vida en busca de una relación con un hombre certificada por el Estado.

Subtexto: mi hermana pequeña estaba destinada a casarse. Aunque Jan-Philipp y ella solo llevaran juntos dos años, y David y yo, doce.

Evaluación: ningún problema. No pasa nada. Yo no quiero casarme. Casarse no es más que un modo de garantizarse ventajas fiscales. No sirve para nada más que para cumplir con las expectativas de la sociedad, que contrastan claramente con las de la universidad, donde, si estuviera casada, me tomarían menos en serio de lo que ya me toman. No, ese es el sueño de Sarina. Como ya he dicho: Ningún. Problema.

Resultado: error solucionado. Podemos seguir hasta que la cena termine de una vez.

Pero ¿por qué no me sentía así? ¿Por qué me seguía temblando la mano? Unos gritos de alegría me alejaron de mis pensamientos.

—Sarinita, sabía que te lo pediría. ¡Ay, cuánto me alegro!

Mi madre tiró de mi hermana para abrazarla y el champán salpicó en todas direcciones, algo que no pareció preocuparle a nadie. Miré a Jan-Philipp. ¿Estaría tan afectado como yo? Tenía los ojos clavados en su prometida. En ellos había calidez. Admiración. Supuestamente, amor.

El pecho se me encogió aún más y enseguida intenté ensancharlo con el champán.

Sarina levantó la mano derecha y las luces del techo iluminaron el anillo que llevaba en el dedo, con un diamante del tamaño de una avellana. ¿Cómo es que hasta ese instante ninguno de nosotros se había fijado en ese anillo?

Mientras mi cuerpo estaba ocupado procesando la nueva información —y las extrañas y desconocidas sensaciones que la acompañaban—, mi madre y Sarina planificaron la boda entera en cuestión de minutos. Tenía que ser en no sé qué villa, con un coche de caballos, lirios y una recepción con champán.

Después llegó algo de calma. A juzgar por la expresión de su cara, David estaba comprobando a escondidas los resultados del partido de fútbol debajo de la mesa y no parecía enterarse de lo

que sucedía a su alrededor. Por ejemplo, que mi madre le estaba hablando en ese mismo instante.

—Y... ¿David? ¿Vosotros dos para cuándo?

Levantó la vista como a cámara lenta.

—Perdón. —David se sonrojó un poco y se agarró la nuca—. ¿Cuál era la pregunta?

—Que cuándo os vais a casar vosotros por fin —repitió mi madre, impaciente—. Ya lleváis juntos... ¿Cuánto? ¿Diez, once años?

—Doce —la corregí en voz baja. Y contuve la respiración.

De repente el corazón se me aceleró y noté las palmas de las manos pegajosas. Miré si era por la salpicadura de champán, pero se trataba de una fina capa de sudor. ¿Qué pasaba? ¿Es que estaba nerviosa por la respuesta de David? Lo conocía muy bien y sabía a la perfección que para él no era necesario casarse, ¿igual que para mí? ¿Como una actualización de *software* a la que le habías dado quince veces «recordar más tarde», y, cuando al fin la aceptabas, tardaba una eternidad y después todo se complicaba?

Lo miré en el mismo instante en el que él me miró a mí. Y busqué en sus ojos marrón intenso con motas color caramelo, que de cerca tenían un ligero tono dorado como un paisaje marciano. Eso lo sabía por las fotografías del iris de su familia, que estaban colgadas en el salón de sus padres. No obstante, había algo más que titilaba y no terminaba de identificarlo.

David se mordió el labio, bajó un poco la vista y después miró a mi madre.

—Se lo habría pedido ya a Charlotte...

Sus ojos se dirigieron hacia mí y se contempló en los míos durante unos segundos.

¿Qué era eso que titilaba? ¿Un interrogante, inseguridad, tan solo incomodidad por la molesta pregunta de mi madre?

Desvió la mirada hacia la mesa.

—Pero no creo que sea técnicamente posible.

Contuve el aliento, y Sarina, sentada a su lado, frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver esto con la técnica? —preguntó con los ojos muy abiertos.

David me miró de nuevo. El brillo en sus ojos desapareció para dar paso a algo que no supe identificar. ¿Qué iba a decir?

—Porque ya está casada.

Me quedé de piedra. Se me paró el corazón. David hizo una pausa dramática y se quedó con la mirada perdida.

Pero ¿qué demonios?

—Con su asistente virtual, Emilia.

Un nuevo terremoto me sacudió el cuerpo. Con bastante más intensidad que el anterior. De magnitud 8. Por lo menos.

No lo había dicho. No lo había expresado nunca en serio. Delante de mi familia.

Mi copa de champán se estrelló contra la mesa, como si la fuerza de la gravedad de pronto se hubiera duplicado. Todos se me quedaron mirando. Y entonces solté:

—¡Se llama Emily, joder!